

Con el cuchillo del silencio

1

Todo se puede acabar al completarse la curva
la noche también puede terminar
contradecirse en día.

¿Tiene sentido escalar el mundo como una cabra,
dejarse llevar en vilo hasta la cercanía de los astros
para encarar la materia endeble del esqueleto?

A punto de llegar el fin se vuelve principio
los proyectos se oxidan sin estrenar
los pasados sueños no toleran ni ser recordados
Al borde del abismo uno no escapa de sí mismo.

Un espejismo negro es el perfil de las casas
sin venas de luz rajando las paredes.
El rastro en las veredas se ha borrado.

Las manos se estrellan en la pesada madera
y el eco se hace viejo en las esquinas.

Yo lo escucho rodar sin dar forma a su voz

2

¿No te retuerces con el chillido del silencio?
¿No te alarma el vacío entre el cuerpo rotundo del ahora

y la abreviatura del ayer?
¿No pende tu cabeza como una interrogación?
¿No declina lenta mi espalda?
¿No sientes acaso que el aire no respira?
¿Sabes que de donde venimos no quedan sótanos ni estatuas
que edificios, puentes y avenidas cayeron por los balcones
y el último ladrillo rozó el talón de nuestra marcha?

El camino es un lagarto inmóvil,
un oscuro charco que destella y confunde.

¿Qué azar te subió a este vehículo sin estribo donde me sobrecoge el vuelo de
las sombras?
¿Ensayas como yo la urgencia de existir?
¿Abrigas el alma en el bolsillo?

Cabalgan por el páramo dementes alaridos
¿No los escuchas?

3

Si te vieras aquí
en la puna, sin señales ni desvíos
creerías que la tierra se ha vaciado
y que se seca el viento
y descansan los milenios.

Extrañarías la silueta humana,
la sombra de la especie a rastras entre la paja
el aliento de desdentadas bocas dando calor a tus pisadas.

Si te vieras aquí.
La mirada del ave en el filo de tus hombros.
Los años anudados en el pozo de un día.

Te engañaría el hedor de impávidos auquénidos,
el discreto retiro de sus amos.

El hombre aguarda prendido de sus pieles,
habita el sueño del mundo boca arriba.

4

Por donde se derraman las voces,
por donde salpican los silencios
me escurro
arena de años,
agua desolada.

Desde el hoyo que crece hasta
el cordón de mis zapatos
me tocan heladas yemas; sin impronta
asoma el gesto de una escuálida pregunta.

La palidez aprieta los rincones de lo vivo.
La lluvia deja en suspenso su caída.
Todo se sume, se agrieta, se prorroga.

Dónde la claridad del alba.
Cuándo el corazón de la alegría.

Un tumulto de sombras
encoge sus arrugas.
Se oculta del grito itinerante del viento.

Ana María Gazzolo

José Lezama Lima
en 1956 (Foto de
Jesse Fernández)

